

AA.VV.

DOSSIER SOBRE EMILIO SALGARI VIDA, OBRA, MUERTE, LEGADO

La felicidad nos parece un concepto fácil y obvio, una perogrullada. Creemos saber bien lo que es, pero si se nos pide una definición exacta, poner en palabras *claras* y *distintas* esa noción intuitiva, nos vemos en el brete de no poder «explicarla» más que con balbuceos tautológicos y ejemplos anecdóticos de dudosa solidez teórica o validez general.

Aquí optamos por la segunda imperfección, para pasar menos vergüenza o, en todo caso, merecer más empatía e indulgencia: *felicidad*, en sentido profundo y pleno, era el goce que sentíamos en la niñez, edad de la inocencia y la imaginación, cuando leíamos por ocio y con adicción, una tras otra, las novelas de Emilio Salgari. Esos libros viejos de páginas amarillentas, clásicos de colecciones discontinuadas como Robin Hood o Bruguera, que comprábamos a módico precio en tiendas de usados, o que pedíamos prestados en la biblioteca de la escuela o del barrio. Obras cuyas tramas estaban ambientadas en lugares exóticos (las islas de la Malasia, las junglas de la India, las arenas del Sahara, las estepas del Turquestán, etc.) y tiempos pretéritos (el Egipto faraónico, Roma contra Cartago, las guerras turco-venecianas, el Caribe de los bucaneros y filibusteros, el *Raj* británico), protagonizadas por valientes héroes, marinos o guerreros como Sandokán y el Corsario Negro, de psicología simple y moral no menos simple, con ingredientes románticos de melodrama muy afines al patetismo de las óperas italianas de Rossini o Verdi: el amor vehemente e idealizado, el villano odioso y execrable, la damisela en apuros, el agravio imperdonable, la caída en desgracia (destronamiento, rapto, exilio, cárcel, ignominia), el juramento de venganza con reminiscencias de *vendetta* siciliana, la lucha numantina contra el enemigo maléfico o la naturaleza salvaje, la misión de rescate, la huida ímproba, la fuerza del destino, la gloria de la épica marcial o naval, el escarmiento merecido, la justicia finalmente restaurada.

En España e Hispanoamérica, igual que en Italia, la patria de Salgari, varias generaciones crecieron leyendo con fruición al escritor veronés durante toda una centuria, entre fines del siglo XIX y fines del siglo XX. Incluida la nuestra, rioplatenses que fuimos pibes urbanos de clase media baja antes del *boom* digital de los años 90 (es decir, antes de que el «ocaso de la lectura» mostrara su peor cara)¹. ¿Qué hacíamos para entretenernos durante las siestas en las vacaciones de enero y febrero de la década del 80, cuando la familia no tenía dinero para veranear en la costa atlántica o comprar una consola de videojuegos? Leer a Salgari, a Verne, a Stevenson, a Fenimore Cooper, a Mark Twain, a Jack London, a Susana López de Gomara... En aquel entonces, nos lamentábamos a veces –solo a veces– de no estar en la playa o no tener una Atari como nuestros amigos y compañeros de escuela más pudientes. Pero hoy, con la sabiduría que da la experiencia de los años vividos y trajinados, no podemos sino añorar con ternura aquellos tiempos de felicidad tan sencilla, modesta, como la que preconizaba hace más de dos milenios el filósofo Diógenes de Sínope: un ventilador,

¹ Véase Alfonso Berardinelli, “El ocaso de la lectura”, en *Kalewche*, sección Nocturlabio, 18 de septiembre de 2022. Disponible en: <https://kalewche.com/el-ocaso-de-la-lectura>.

una cama y una vieja novela de aventuras, con alguna enciclopedia o atlas de complemento. O más austeramente aún: la sombra de una pared o de un árbol, y un libro. ¡Con qué poco éramos tan dichosos! El tópico literario del *ubi sunt* tiñe irremediabilmente estos recuerdos infantiles con su *pathos* de la nostalgia.

Las novelas salgarianas están indisolublemente ligadas a la «edad de oro» de la niñez, a la felicidad excepcionalmente intensa de la infancia, cuando la vida y la utopía se confundían, cuando la imaginación era todopoderosa y la inocencia aún no se había desvanecido. La infancia es el *paraíso perdido*, y en ese paraíso perdido todavía palpitan los relatos de Salgari.²

Algo más hay que decir: cuando éramos niños, cuando poco y nada sabíamos o entendíamos de política, cuando no teníamos ninguna formación teórica o militancia vinculadas a la tradición de izquierda, cuando no habíamos leído aún a Marx y Bakunin, cuando todavía ignorábamos la épica revolucionaria de las barricadas y guerrillas, la beligerancia anticolonial sin cuartel de Sandokán contra el imperio británico nos hizo descubrir –y nos enseñó a valorar en sumo grado– la lucha por la libertad, la justicia y la dignidad.³ Antes de conocer al Che Guevara o Severino Di Giovanni, a Ho Chi Minh o Néstor Majnó, al mariscal Tito o Durruti, aprendimos a respetar y admirar a personajes indómitos de coraje justiciero como el Tigre de la Malasia y el Corsario Negro. Ese fue nuestro primer contacto significativo con la utopía libertaria, con la ética de la desobediencia, con la rebeldía antisistema. Las novelas salgarianas fueron, pues, nuestra primera escuela política en el despertar por tanteos de algo así como una *conciencia o sensibilidad de izquierda*, que nos marcarían a fuego para siempre. No en vano esta revista trimestral se llama *Corsario Rojo*, como ya señalamos en el editorial de este primer número. Se trata de un homenaje, un tributo.

* * *

En este *dossier* hemos recopilado, como si se tratara de una antología, seis semblanzas en lengua castellana sobre el escritor veronés que nos parecieron particularmente valiosas, entre las muchas que están publicadas y hemos tenido oportunidad de leer. Son prosas breves, que transitan la triple frontera de la crónica biográfica, la crítica literaria y el ensayo filosófico. Todos estos textos tienen lucidez analítico-reflexiva, vuelo estético y sensibilidad humana, aunque no siempre rigurosidad o detalle suficientes en los datos, un defecto que procuramos remediar con notas al pie de página que rectifican o amplían lo dicho por los autores. Las seis semblanzas seleccionadas son, en orden de aparición, las siguientes: “Capitán Salgari”, de Fernando Savater; “Salgari y el santo pirata”, de Juan Sasturain; “*Il capitano* Emilio Salgari”, de Paula Torres Gorozarri; “Emilio Salgari, escritor *pulp* antes del *pulp*”, de José Miguel García de Fórmica-Corsi; “Emilio Salgari. El destino de ajusticiar”, de Toni Montesinos; y “Las dos vidas de Salgari”, de Daniel Ares.⁴ El público lector de *Corsario Rojo* encontrará, en notas al pie, la información pertinente sobre los textos y sus respectivos autores: lugar y fecha de la publicación original, datos biográficos, etc.

Todas las semblanzas están disponibles en la moderna babel de Internet, en el laberinto inconmensurable del ciberespacio donde todo se dispersa, se pierde y se invisibiliza con facilidad, por culpa de la sobreabundancia e instantaneidad de la información. Fueron publicadas a lo largo de 24 años, entre 1998 y 2022, en España y

² Sobre la niñez como «edad de oro» de la inocencia, la imaginación y la felicidad, *vid.* Rafael Llopis, “En busca del paraíso perdido”, en *Kalewche*, 24 de septiembre de 2022. Disponible en: <https://kalewche.com/en-busca-del-paraíso-perdido>.

³ Aunque también contribuyeron a eso –no pequesmos de olvidadizos ni ingratos– el bandolerismo social de Robin Hood, la insumisión plebeya de Guillermo Tell, el individualismo antiautoritario del capitán Nemo y el heroísmo indígena de Toro Sentado, entre otros ejemplos entrañables. Mencionarlos a todos sería imposible e innecesario aquí.

⁴ En verdad, hay un séptimo texto en esta antología nuestra, aunque formalmente no lo hayamos incluido en ella: “Emilio Salgari: una vida de esclavitud, una imaginación libre”, de Emilio Pascual. Lo publicamos en *Kalewche*, a modo de anticipo promocional de este *dossier*, el 6 de noviembre de 2022, dentro de la sección Nocturlabio. A quienes no lo hayan leído, les sugerimos que lo hagan. Encontrarán datos biográficos, coordenadas histórico-contextuales y comentarios literarios de sumo interés sobre Salgari y su obra. Disponible en: <https://kalewche.com/emilio-salgari-una-vida-de-esclavitud-una-imaginacion-libre>.

Argentina, en distintos periódicos o libros. ¿Por qué las republicamos en nuestra revista, entonces? Porque nos pareció útil reunir las, enlazarlas, integrarlas en un solo *corpus* de intertextualidad. La perspectiva que da leer todos los textos no es la misma que la que brinda leer solo uno o algunos. Por otra parte, el punto panorámico que se logra leyéndolos de corrido nunca se podría obtener si se los lee esporádica e incidentalmente, con meses o años de diferencia. En este mundo posmoderno signado por la fragmentación del saber, todo intento de interrelación y totalización es agua fresca en el desierto.

Fernando SAVATER: *Capitán Salgari*⁵

Siempre he sentido gran admiración por quienes proclaman que su afición a la lectura se despertó a los siete años, cuando una tía les regaló el día de su santo *La montaña mágica*, para confirmarse a los nueve, cuando acabaron *En busca del tiempo perdido*. Confieso que mi vocación tiene orígenes más modestos: me convirtieron en lector los relatos de aventuras, y muy especialmente las novelas de Emilio Salgari, de cuyo suicidio se cumplen este mes los primeros cien años. Quizá desde entonces vivo de rentas y sigo nutriéndome de aquel gozo que no se extingue: residuos radioactivos de la imaginación...

Salgari nació en Verona, para después marchar a Génova y finalmente morir en Turín. Quiso ser marino, pero dejó a medias su formación náutica, y en toda su vida apenas hizo en barco unas pocas excursiones y un crucero modesto por el Adriático. Sin embargo, como periodista primero y como novelista después, ya nunca dejó de navegar. En junco, en fragata, en bergantín, en galeón y en canoa, por el golfo de Bengala, el mar de la China o de las Antillas, por el río Orinoco y el padre Nilo, por el Ártico... Navegó ya toda su vida por el azul de los atlas y las ilustraciones coloreadas de las enciclopedias. Hay poetas de lo íntimo que escriben hacia adentro y poetas de lo exótico y remoto, que escriben hacia fuera y a lo lejos. A esta última tripulación perteneció Salgari y no seré yo quien le hubiera querido de otro modo.

Casi desde sus comienzos como cronista y novelista, Salgari obtuvo un notable éxito de público. En sus últimos años, era el escritor con mejores ventas de Europa: algunas de sus 84 novelas superaron la cota hasta entonces desconocida de los 100 mil ejemplares y tuvo multitud de imitadores, como Luigi Motta o sus propios hijos. Sin embargo, Salgari vivía acosado por la penuria, trabajando como un forzado de la pluma para editores que le estafaban con impávida constancia. Sus quejas al respecto recuerdan a las de tantos autores antes que él, empezando por las del muy pirateado Cervantes en *El licenciado Vidriera*. Fue esa explotación laboral, mientras luchaba por mantener a su mujer trastornada y a sus hijos pequeños, lo que finalmente le empujaron al suicidio. Esta solución trágica era la maldición de su estirpe, pues su padre se había suicidado también como luego hicieron dos de sus hijos. Pero en su caso, los que le empujaron a la muerte fueron quienes le robaban impunemente el fruto de su trabajo. Un día se hartó, cogió uno de los yataganes modelo Sandokán que coleccionaba y se hizo el *harakiri*, no sin dejar una nota para sus verdugos: “A vosotros, que os habéis enriquecido con mi piel, manteniéndome a mí y a mi familia en una continua semimiseria o aún peor, sólo os pido que en compensación de las ganancias que os he proporcionado os ocupéis de los gastos de mis funerales. Os saludo rompiendo la pluma”. Tenía 49 años. No deja de ser triste que hoy, cuando ya los escritores parecían haber conseguido asegurar razonablemente sus derechos, las nuevas tecnologías brinden a otros desaprensivos, posibilidades de reinventar el viejo expolio...

⁵ Columna originalmente publicada en el diario *El País* de Madrid, el 19 de abril de 2011, dentro de Despierta y Lee, la sección especial que Savater tenía en el periódico español. Fue escrita con motivo del centenario de la muerte de Salgari, en vísperas de este acontecimiento (el novelista italiano había fallecido el 25 de abril de 1911, y en seis días se cumplirían los cien años). En 2012, la editorial española Renacimiento reeditaría *Mis memorias* –la autobiografía apócrifa de Salgari– incluyendo el texto de Savater como prólogo. Sobre el autor, no es preciso agregar nada: Fernando Savater (San Sebastián, 1947) es uno de los filósofos y literatos más conocidos de la España contemporánea. Catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, escritor prolífico y polímata, columnista de prensa por décadas, su obra incluye numerosos ensayos, novelas, libretos teatrales y artículos periodísticos.

Leí en mi infancia mucho a Salgari en los pequeños volúmenes editados por Saturnino Calleja. Los compraba en la librería *Paternina* de la calle Fuenterrabia, frente a mi casa en San Sebastián. Rebuscaba en la trastienda, tratando de hallar alguno para mí desconocido todavía, cosa cada vez más difícil. Mi madre aguardaba para pagar ante el mostrador, repitiendo: “¡sólo uno! ¡no cojas más que uno!”. Hace bastante más de medio siglo... Y ya se ha borrado casi todo, empresas, amores, ilusiones. También argumentos y psicologías de libros sesudos que me recomendaron como imprescindibles. Pero no olvido los mares y las selvas de Salgari, sus peligros y travesías que me educaron, sus tigres y sus árboles gigantescos en cuyo tronco hueco podía refugiarme. ¡Y la Montaña de Luz!⁶

Juan SASTURAIN: *Salgari y el santo pirata*⁷

Aunque parezca mentira, Sandokán no fue –no se pensó, no se deletreó– siempre así. Alguna vez, en la imaginaria reconstrucción de la grafía de su nombre, el llamado *Tigre de la Malasia* se convirtió en el habitante titular de una herética estampita con el probable rótulo de «San Docán», patrono de la aventura.

Es que muchos en este país, antes de leerlo, muy chicos aún, lo escuchamos por radio, al igual que al mítico Tarzán de Radio Splendid. *Sandokán* (que así se escribía), *el Tigre de la Malasia* no era un texto sino una audición. Ya existían, en esos albores de los 50, las ediciones de tapa amarilla y con ilustración de Pereyra de la colección Robin Hood, pero los que apenas si leíamos a los tropezones sólo teníamos que buscarlo en el dial: Tremal Naik, Yáñez, Mariana la perla de Lebuán, los ominosos thugs y los encantadores y terribles «tigrecitos» de Mompracem nos entraron primero por las orejas. Para que así fuera –combates navales, cañonazos, abordajes, choque de espadas, estrangulamientos con grito ahogado incluido– tenía que haber un sedimento cultural, un hábito no sólo de «consumo de piratas» sino una complicidad tácita hecha de la frecuentación amistosa del autor. Tanto, que se lo omitía.

Es que Salgari, pues de ese fabulador se trataba, tuvo un destino privilegiado en la Argentina, una popularidad excepcional.⁸ Fue el escritor de aventuras por excelencia, el ejemplo emblemático de un tipo de literatura inconfundible. Tal vez el fenómeno de resonancia se pueda hacer extensivo a la lengua –ediciones españolas de Calleja mediante, con los dibujos de Penagos que le encantaban al viejo Breccia–, pero siempre con un anclaje especial en estos confines del idioma.

No le fue tan bien ni fue tan leído (y mucho menos considerado) en otras capitales culturales fuera de Italia: en Francia e Inglaterra, Salgari no existió. Sigue no existiendo, siendo hoy apenas un epifenómeno paraliterario, un fabulador enfático y efectista de vuelo bajo y recursos mínimos, un impostor en el fondo, un aventurero de biblioteca.

⁶ En su libro *La infancia recuperada* (Madrid, Taurus, 1976), Savater le dedicó un capítulo entero –diez páginas– a Salgari: el capítulo sexto, intitulado “El pirata de Mompracem”. Es un excelente complemento a la somera columna que hemos republicado en este *dossier*. Derroche de agudeza y sensibilidad, “El pirata de Mompracem” es de lectura ineludible para el público de lengua castellana que siente nostalgia por las novelas del escritor italiano. Puede leerse el [capítulo completo aquí](#), extraído de la novena edición corregida y aumentada de *La infancia recuperada*, 1995, pp. 105-115. Hay muchas observaciones jugosas, pero la comparación entre el Sandokán salgariano y el Nemo verniano (similitudes y diferencias) no tiene desperdicio...

⁷ Columna originalmente publicada en el diario *Página/12* de Buenos Aires, sección Contratapa, el 25 de abril de 2011, con motivo del centenario de la muerte de Salgari. El homenaje de Sasturain vio la luz seis días después que Savater publicara el suyo en España, circunstancia que el autor argentino menciona en su texto. Juan Sasturain (Chaves, sur de la provincia de Bs. As., 1945) es un escritor argentino. Autor polifacético, ha incursionado en la novela, el cuento, el cómic, la crónica y el periodismo. Dirigió la mítica revista *Fierro* y guionó la no menos mítica historieta *Perramus* (ilustrada por Juan Breccia). Ha publicado decenas de libros e infinidad de artículos.

⁸ Cf. Alice Favaro, “La recepción de Emilio Salgari en Argentina”, en *Rassegna iberistica*, vol. 42, n° 112, dic. 2019, pp. 309-316. Disponible en: <http://doi.org/10.30687/Ri/2037-6588/2019/112/003>. También, de la misma investigadora italiana, “La escritura visual de Emilio Salgari. Apuntes para un análisis de las transposiciones de novelas a historietas”, ponencia presentada en el II Congreso Internacional Viñetas Serias. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 26-28 de septiembre de 2012. Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/53179286.pdf>.

Y eso no es toda la verdad, pero es cierto. Porque nada tiene que hacer este italiano ante un sir Rider Haggard, nada que oponer dignamente al prócer Jules Verne. Aquel inglés y otros ingleses –de Stevenson a Kipling, de Conan Doyle al converso Conrad, para quedarnos sólo con escritores a secas– escribían (bien y muy bien) en la lengua de un imperio y ambientaban las historias en los arrabales de un mundo en última instancia propio: la tierra y la lengua eran espacios por los que se iba y de los que se volvía con la naturalidad de andar entrecasa. Y el francés de los inventos escribía o picaba hacia adelante desde la Ciencia, hija de la Razón, y aventuraba a partir de una geografía, una física y una ciencia natural que lo rigoreaban, le bendecían la invención de profecía. Y ni hablar de Wells, parado siempre dos pasos adelante y mirando para allá, tratando de diagnosticar el porvenir.

¿Dónde estaba parado Salgari, desde dónde escribía Salgari, en cambio? Analistas de la literatura de género suelen explicar las diferencias: Italia no fue una potencia colonial, no participó de ese moderno reparto, asistió de espectadora, disgregada, provinciana, al desplegarse de las naciones que la primerearon.⁹ Así, el atrevido Salgari escribía desde ninguna parte, no tenía (entonces) un imperio, una lengua, una idea de sociedad o una ciencia que encarnar, defender o representar, escribía desde la impunidad del fabulador por placer, pero a (miserable) sueldo.

Como el autor de Tarzán y de las aventuras en Marte o en Venus, Edgar Rice Burroughs –con quien tiene tanto en común no en la biografía trágica sino en su manipulación del imaginario– o, yendo un poco más lejos, como el mismo Arlt, son gente que escribe desde ninguna parte o desde el deseo y la lectura, lugares de la fantasía. Desde la falta de autoridad, desde la impunidad, desde la marginalidad cultural y literaria. No tienen ni historia ni aventuras detrás, por eso las escriben. Son, tal cual le gustaría a Wilde, mentirosos como se debe. Como Scherezade, Salgari inventa desde la necesidad o, en su caso, desde la desesperación de zafar: escribir para comer. Y se zafa sólo entreteniendo: no son historias para dormir o detenerse sino para quedarse despierto. En Salgari hay una especie de histeria aventurera, una hiperkinesis heroica.

No solo escribió mucho, sino que la proliferación de la peripecia hace que sus más de ochenta novelas de aventuras se atomicen en infinidad de breves episodios de acción sin solución de continuidad. Y Salgari no para de escribir mientras sus héroes se muevan. Es una carrera de persecución a pluma cuyo término es –literalmente– la muerte.

Pocos textos más patéticos que *Mis memorias*, su libro autobiográfico, que culmina con las últimas confesiones y los arrebatos previos –apenas en horas– al sangriento suicidio. Lo notable, lo grotesco casi, es que en esas circunstancias Salgari no deja, no puede dejar, de fabular. Su loca versión de las aventuras juveniles que habría vivido en la Malasia con romance incluido –la emblemática amada inglesa se llama Eva Stevenson–, el conocimiento del mítico Sandokán y la amistad de Tremal Naik sólo pueden entenderse como desafueros de una mente obsesionada no tanto por la necesidad de ser conocido (ser veraz respecto de su vida) como por la necesidad de ser creído, de ser personaje, de tener un tipo de existencia a partir de la fabulación: ser verosímil, en suma. Al «mentir» sobre sí mismo, Salgari se aproxima al status de sus personajes, se coloca en su mismo plano, hace inútil la pregunta por la veracidad y coloca a todo su universo narrativo en un mismo plano de existencia: lo verosímil desaforado, las aventuras y desventuras de la pasión, las razones del corazón, en suma. Para que su vida (de escritor) tenga sentido tiene que ser la transposición de una experiencia aventurera.

⁹ La observación del autor es correcta en su trazo grueso, pero habría que matizarla un poco. Completada su unificación en 1870, el Reino de Italia trataría de forjarse un imperio de ultramar en el Mediterráneo, África y Asia. Pero su intento fue demasiado tardío, y no contaba con el poderío económico, naval y militar suficiente para competir con las grandes potencias europeas como Gran Bretaña y Francia. Aunque Italia no quedó totalmente excluida del reparto colonial, solo consiguió migajas. Su modesta expansión imperial se desarrolló mayormente durante el régimen fascista de Mussolini (período de entreguerras y etapa inicial de la Segunda Guerra Mundial), luego de la muerte de Salgari. Pero en vida de éste ya hubo algunas anexiones territoriales y coloniales: Eritrea (1882) y Somalia (1889) en el Cuerno de África, y Tientsin (1901) en la costa norte de China. Con posterioridad al deceso de Salgari, Italia engrosaría su imperio colonial con el Dodecaneso, Libia, Etiopía, Saboya, Albania, Dalmacia y otros territorios balcánicos, mediterráneos y africanos. Así y todo, la expansión imperialista de la Italia fascista fue limitada, marginal y efímera.

Paradójicamente, en *Mis memorias*, en lugar de decirnos que tomó sus personajes de la realidad, como se supone que quiere demostrar, lo que en realidad nos dice es que él es (quiere ser) su personaje más fantástico.¹⁰

En la Argentina lo consiguió plenamente; fue, desde siempre, el sinónimo de la fabulación aventurera atravesando todos los medios. A tal punto llegó, que cuando los Civita –italianos, dueños de Editorial Abril– se lanzaron en 1948 al mercado local de las revistas de historietas, comenzaron con una publicación centrada en adaptaciones suyas que se llamó simplemente así: *Salgari*. Después vendrían *Misterix*, *Rayo Rojo* y alguna otra, pero en principio, el lugar de la indudable aventura fue ese apellido mágico, casi una garantía, una marca. La marca de la pasión.

En un libro muy agradable y preciso en su diversidad, *La infancia recuperada*,¹¹ Savater rinde homenaje –sin pudores y entre otros–, a los héroes de Salgari. Y a Sandokán, claro está. El Tigre de la Malasia es el héroe exótico que sólo se puede leer escuchando música de Verdi, imaginando los gestos ampulosos y estatuarios, los arrebatos de ira y los ojos llameantes, las lágrimas de amor, la carne blanca bajo telas rojas y espesas, la piel aceitunada y la espada de plata, los escenarios tormentosos de cielos enrojecidos, fieras sanguinarias y traidores inolvidables. Sandokán es un héroe transgresor, impar, sin caja, impensable entre franceses o sajones, para quienes encarna el enemigo. Movido por impulsos terribles y definitivos, el Tigre arrasa con incontables chinos –que operan como los mexicanos del *western*– y combate por principios, pero sobre todo por venganza personal, al extranjero invasor –ingleses, holandeses, europeos colonialistas en general– movido sólo por pasiones básicas: el odio y el amor. La lealtad que va poco más allá de la familia y una sangre licuada en combate sólo se templea y se prueba en la aventura compartida. La única moraleja es la de Jacinto Chiclana: “Siempre el coraje es mejor”.

En el día del centenario de su muerte, 25 de abril de 1911, vaya pues este recuerdo a don Emilio Salgari.

Paula TORRES GOROZARRI: *Il capitano Emilio Salgari*¹²

Cae la tarde en Turín. La joven lavandera Luigia Quirico sale de su casa y se dirige al monte para recoger un poco de leña, porque este mes de abril está siendo frío. Atraviesa varios prados agradeciendo que anochezca más tarde, para tener todavía un rato de luz, y poco a poco se adentra en el bosque de San Martino. A lo lejos

¹⁰ Sasturain es perspicaz en su interpretación, pero parte de una premisa fáctica equivocada: está comprobado que la novelesca autobiografía de Salgari es apócrifa. No fue escrita por él, sino por el profesor de letras Renzo Chiosso, el tutor de sus hijos, quien la publicó póstumamente en 1928 con la complicidad de ellos, a través de la popularísima editorial Mondadori (un poco por homenaje póstumo y otro poco por oportunismo comercial, en un contexto donde Mussolini propugnaba un *revival* chovinista de Salgari como novelista laureado de la Italia fascista, prócer literario de la población infanto-juvenil, y clásico nacional en las escuelas y bibliotecas). Cf. Fernando Díaz de Quijano, “Las apasionantes ‘no memorias’ de Salgari”, diario *El Español*, 13 de marzo de 2012. Disponible en: https://www.elespanol.com/el-cultural/letras/20120313/apasionantes-no-memorias-salgari/14249062_0.html. Véase también la página web italiana *Emilio Salgari*, que dedica toda una detallada sección a los escritos apócrifos del canon salgariano, http://www.emiliosalgari.it/raconti_falsi_articoli/falsi.htm. Asimismo, Emilio Pascual, “Emilio Salgari: una vida de esclavitud, una imaginación libre”, en *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, n° 154, Barcelona, nov. 2002, pp. 38, 40-41 y 43 (reprodujimos el texto en *Kalewche*, véase la nota 4). Pascual acota: “En todo caso, lo cierto es que el propio Salgari se había encargado concienzudamente de dar pábulo a la leyenda de sus misteriosos viajes en conversaciones, entrevistas, declaraciones e incluso en las cartas a su novia”. Vale decir que la fabulación de Chiosso, en parte, fue alimentada por la mitomanía de Salgari y la credulidad de sus descendientes (y por las expectativas patrioterías acriticas de la Italia fascista). El artículo de Pascual es de lectura muy aconsejable, pues ofrece mucha información biográfica e histórica sobre Salgari y el país donde vivió y escribió (*Risorgimento*, reinado y magnicidio de Humberto I, irredentismo, crisis agraria en el sur, luchas obreras en el norte industrial, aventuras coloniales en África, etc.). Disponible en: <https://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/registro.do?id=1007575>. También en nuestra página *Kalewche*: <https://kalewche.com/emilio-salgari-una-vida-de-esclavitud-una-imaginacion-libre>.

¹¹ Véase la nota 6 de este *dossier*.

¹² Artículo publicado originalmente por la revista literaria *Zenda* de España, el 29 de julio de 2022, dentro del blog Ruritania. Paula Torres Gorozarri es una escritora española, especializada en literatura juvenil. Ha escrito varias novelas de aventuras, como *La perla de Argenta* (2016) y *El regreso de T. J.* (2017), ambas publicadas por la editorial madrileña PoeBooks. Para mayor información sobre la autora y su producción literaria, véase la entrevista que le hiciera María José Solano para *Zenda*, el 30 de mayo de 2022: <https://www.zendalibros.com/paula-torres-gorozarri-la-vida-me-inspira-constantemente>.

se abre un claro entre los árboles, y cuando se acerca, un grito helado escapa de su garganta: en el suelo yace el cuerpo sin vida de un hombre, encharcado en sangre y llevando en la mano la cuchilla con la que se ha quitado la vida. Viste traje elegante con chaleco, a su lado descansan el sombrero y el bastón, y tiene el vientre y el cuello completamente rajados. Aterrorizada, susurra una oración al Altísimo y corre a dar el aviso. Es la hora 18 del 25 de abril de 1911 y se trata del cadáver de su vecino, el capitán Emilio Salgari.

El escritor nace en Verona el 21 de agosto de 1862. Aquella noche, una terrible tormenta de verano cayó sobre la ciudad, pero ni siquiera el rugido de los truenos pudo ahogar la fuerza y los gritos del recién nacido, al que bautizaron como Emilio Carlo Giuseppe Maria. Sus padres eran comerciantes textiles, burgueses acomodados, que se desesperaban cuando llegaban las notas de la escuela. El pequeño Emilio suspendía siempre las matemáticas, aunque fuera el mejor en literatura y gramática italiana. Enfrascado desde muy niño en la lectura de las obras de Bousenard, Aimard, Mayne Reis y Verne, bebía de ellas y esbozaba constantemente dibujos de todo lo que pasaba por su prodigiosa imaginación. Se obsesionó con el mar como inagotable fuente de aventuras, y con 16 años partió a Venecia para estudiar en el Regio Istituto Tecnico e Nautico Paolo Sarpi. Obtenido el ansiado título de capitán, ebrio de felicidad, embarca en el *Italia Uno*.

En esa goleta, que se dedicaba principalmente al transporte de carbón, el joven capitán recorre el Adriático desde Venecia hasta Trieste, pasando por Brindisi. Vive sus primeras experiencias como marino, y por cierto, una de ellas aterradora: llegando a Bari desde el puerto de Brindisi, y estando Salgari sentado en el asta del bauprés, un enorme tiburón saltó del agua con las fauces abiertas, directo a nuestro héroe. Sólo gracias a su instinto y a sus excelentes reflejos pudo doblarse y salvar la vida, ganándose el respeto y la admiración de sus compañeros de tripulación.

Al llegar a puerto se siente incapaz de permanecer en tierra, pues tal era su pasión por el mar, y embarca de nuevo, esta vez rumbo a Bombay. El destino le da la oportunidad de continuar hacia Borneo, y durante unos años recorre el océano Índico viviendo toda clase de aventuras inimaginables. Secuestros, abordajes y persecuciones se convierten en su día a día, y su valentía y nobleza de espíritu enarbolan su bandera particular. Tras una cruenta escaramuza con los enemigos naturales del mundo libre, los ingleses, consigue escapar milagrosamente y salva la vida, rescatado por un navío francés.

Atrás queda desde entonces esa vida nómada, y de vuelta en Italia, decide plasmar en sus escritos todas sus experiencias. Se ha empapado de conocimiento. Los paisajes, el Índico, sus playas, sus selvas y sus habitantes son ya algo natural para él y los llevará siempre en su corazón.

Escribe *Il selvaggi della Papuasias* y lo envía al diario *La Valigia*, de Verona. En las mismas fechas se publican, siempre por entregas y en la misma ciudad, *El Tigre de Malasia* y *La favorita del Mahdí*, en el periódico *La Nuova Arena*. El éxito es tal, que el periódico rival, *L'Arena*, lo contrata en exclusiva. Y Salgari se entrega a la escritura con la misma devoción con la que se había entregado a la mar.

Sólo deja de escribir para acudir al teatro Aporti, porque tras la primera representación de una nueva obra queda irremediamente enamorado de la bellísima Ida Peruzzi, maravillosa actriz de cabellos negros, que lo hechizó con su infinita sensibilidad. Correspondido y henchido de alegría, contrajeron matrimonio en 1892 y Salgari se dedica a fondo a escribir para mantener con honor a su familia. Relata sus vivencias de tal forma que exalta la imaginación de los jóvenes y se convierte en el autor más leído de Italia. Tras algún que otro traslado, la familia se asienta en Turín, y van naciendo sus cuatro hijos, a quienes bautiza con los nombres de los amigos que había dejado atrás: Omar, Nadir, Fátima y Romero.

La única nube que empaña su horizonte es el trasunto económico: concentrado siempre en sus escritos, y sabiendo los editores de su constante ensoñación, le pagan una auténtica miseria. Ida trata de animarlo, pero la educación de los hijos y el cuidado de la casa y de su propia madre merman poco a poco su salud

física y mental, y en 1911 es ingresada en una casa de reposo. Agobiado por las deudas, y hundido por el ingreso de su amada, Emilio Salgari deja a sus hijos al cuidado de un buen amigo y se quita la vida ese 25 de abril.

¿Les ha gustado? Porque me temo que es falso. Salvo la fecha de nacimiento y el episodio de su muerte, hay muy poco que sea real en lo que les he narrado.

Emilio Salgari vivió un periodo políticamente muy convulso en la Italia de finales del XIX. Unificada en 1861 –con las salvedades de Venecia y Roma, que no tardarían en incorporarse–, el país comienza a finales de los años 70 un periodo de enorme pobreza, de crisis agrarias y de grandes contrastes sociales. El descontento popular genera éxodos hacia la industria del norte, brotes de violencia en el sur y graves tensiones, que culminan con el asesinato de Umberto I el 19 de julio de 1900. Nuestro escritor, que no consiguió título alguno de marino y que sólo hizo un viaje de tres meses por el Adriático, posiblemente como grumete, vivió ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Siempre fantaseando sobre su vida y alimentando su propio mito, él mismo se consideraba capitán de navío, hasta el punto de retar a duelo a un periodista que lo llamó “marinero de agua dulce”; la extravagancia le costó unos cuantos días de cárcel y una multa de 30 liras. En 1887, la reina Margarita, fascinada con sus relatos, lo nombra Caballero del Reino de Italia. Sin embargo, sus editores le exigían la entrega de tres novelas al año, así que ni siquiera tenía tiempo para corregir sus escritos. Los hermanos Speirani en Turín, Dontah en Génova, Bemporad en Florencia, Treves en Milán... Ninguno de sus editores le ofreció un porcentaje de las ventas, sino que le pagaban una cantidad fija y no precisamente excesiva por cada libro terminado. Él, en su revuelto mundo interior, no supo administrarlo.

Atrapado entre la biblioteca y su mesa de trabajo, su obra entera es fruto de su maravillosa y descomunal imaginación. Los más de un centenar de relatos, entre novelas y cuentos, nacen de sus estudios, de sus lecturas. Siempre al borde de la pobreza, con una mujer mentalmente desequilibrada, perseguida además por una reputación cuestionable, trató de matarse por primera vez en 1909, pero lo pudo evitar a tiempo su hija Fátima. Su madre había fallecido de meningitis, su padre se había suicidado tirándose por la ventana y su esposa finalmente tuvo que ser ingresada en el manicomio di Collegno, porque no tenía medios para cuidarla de otra forma. En abril de 1911, poco después de verse obligado a dejar a Ida, consigue suicidarse en el bosque poniendo en práctica la técnica japonesa del *harakiri*.

Dejó cartas de despedida a sus hijos (los cuales dedicaron sus vidas a enaltecer su imagen), a la prensa y por último a sus editores...

“A vosotros, que os habéis enriquecido con mi piel, manteniéndome a mí y a mi familia en una continua semimiseria o aún peor, sólo os pido que, en compensación por las ganancias que os he proporcionado, os ocupéis de los gastos de mis funerales. Os saludo rompiendo la pluma. Emilio Salgari”.

Denostado por la crítica «seria», adorado por el público, tiranizado por sus editores y esclavizado por la necesidad de escribir. A pesar de que, gracias a su pluma, cientos de generaciones de jóvenes viajaron al gran mundo, no se le perdonaba su derroche de imaginación, porque él siempre quiso ser un personaje, o mejor dicho, uno de sus propios personajes. Lo tildaron de mentiroso, alcohólico, derrochador, esquizofrénico y posiblemente sifilítico. Obviaron su capacidad de estudio, de trabajo, su constancia, su pasión, su genio. Al morir se hizo justicia y sus falsas memorias, escritas por el tutor de sus hijos, convirtieron su vida en su más delirante fantasía: el escritor se convirtió en leyenda.

Gracias, *capitano* Salgari.

José Miguel GARCÍA DE FÓRMICA-CORSI: *Emilio Salgari, escritor pulp antes del pulp*¹³

Leí a Salgari en la época en que se lee a Salgari y luego, como pasa con aquellos escritores que, clasificados como lectura infantil-juvenil, son buenos escritores sin necesidad de más etiquetas, seguí leyéndolo en distintas temporadas, y de un tirón (quienes han leído a este autor saben de qué hablo: o se leen seguidas varias de sus novelas, o no se lo lee, por cuanto, y no es una crítica, son de lectura rápida). Durante un intervalo largo de tiempo dejé de frecuentarlo, y en ese ínterin conocí, no sé si con profundidad pero sí al menos con cierto afán, la literatura *pulp*.

(Inciso: en nuestro país, este tipo de literatura, por lo general bastante obliterada fuera de algunos nombres míticos como el de Lovecraft, ahora está siendo presentada al público con minuciosidad y en ediciones muy atractivas por la editorial La Biblioteca del Laberinto, con introducciones que presentan obras y autores en general poco conocidos salvo por los incondicionales, y que muestran un gran mimo con las ilustraciones. Ediciones que son un proyecto personal de un editor, Francisco Arellano, también traductor de buena parte de sus títulos, al que habría que levantar un monumento por su entrega a una empresa críticamente nada reconocida y comercialmente cuando menos insegura.)

Mi reciente regreso a Salgari –el año pasado la antigua y entrañable editorial Molino publicó un lujoso volumen del ciclo completo del Corsario Negro– ha traído una sorpresa: descubrir que la forma narrativa del italiano anticipa los modos del relato *pulp*. Lo cual tampoco debía haberme sorprendido tanto, puesto que los autores englobados bajo esta etiqueta fueron, ante todo, amantes de la literatura de género (aventura, terror, policíaco, ciencia-ficción) que conformaron la primera generación de escritores que volcaron su bibliofilia en su acceso, aun modesto, al ámbito profesional, y sin intentar disimularlo. En cine suele ser considerado una virtud que los directores luzcan su cinefilia; en literatura, a ellos los consideraron durante mucho tiempo meros remedadores. Y sin duda es cierto que, unos con mayor talento que otros, se complacieron en dejar bien claro que seguían caminos ya transitados. Su modestia no les impedía reconocerlo, y de ahí los cruces de personajes y ambientes creados por uno en la obra de otros (el caso más conocido es el círculo formado por H. P. Lovecraft y sus amigos y seguidores). No es la originalidad lo que hace bueno a un escritor, sino su capacidad narrativa y dramática.

Situémonos. Por literatura *pulp* se conoce hoy a la obra de un nutrido grupo de autores estadounidenses (en su inmensa mayoría) que publicaron, durante las décadas del 20 al 50, pero sobre todo hasta la Segunda Guerra Mundial, en revistas populares de grandes tiradas y papel muy barato. El término *pulp*, de hecho, se refiere a la materia de donde se extraía ese característico papel, fino y amarillento, más fino y más amarillento con el paso del tiempo: la pulpa de madera. Reconocibles en el acto en los puntos de venta por sus llamativas portadas (característicamente sensacionalistas, muchas de ellas especializadas en forzar hasta el límite la tolerancia censora en cuanto a la exhibición de carne femenina), también hoy objeto de culto por la calidad de sus ilustradores, los *pulp magazines* fueron especialmente propicios para un buen número de escritores vocacionales, cuyos gustos los marginaban del marco de la llamada *literatura culta*. Estos autores se movían en un terreno muy modesto, nada artístico, que los sometía a drásticas limitaciones: la ceñuda amenaza de unos editores que velaban antes por lo económico que por lo creativo (y que creían saber lo que el público *quería*), imponiendo «consejos», censuras y alteraciones muchas veces salvajes sobre los

¹³ Artículo publicado originalmente en el blog de literatura, cine y cómic *La mano del extranjero*, el 21 de octubre de 2012. Disponible en: <https://lamanodelextranjero.com/2012/10/21/emilio-salgari-escritor-pulp-antes-del-pulp>. José Miguel García de Fórmica-Corsi (Málaga, 1969) es un escritor, docente, crítico de arte y bloguero español, licenciado en geografía e historia por la Universidad de Málaga. Se desempeña como profesor en el IES Jacarandá, un instituto terciario de su ciudad natal. Ha escrito numerosos artículos sobre literatura, historieta y cine –mayormente de fantasía y aventuras– para las revistas *Delirio*, *Homonosapiens* y *Café Montaigne*. Es autor del libro *Edad Media soñada. La imagen del Medioevo en la ficción* (Marbella, Algorfa, 2020). Tiene un blog personal, el ya citado *La mano del extranjero*, cuya visita y lectura recomendamos fervientemente. Contiene cientos de escritos estupendos, de gran variedad, erudición, amenidad y lucidez.

originales, las limitaciones económicas (el *pulp* se pagaba mal y muchas veces a destiempo, dejando acumular los retrasos), la frustración de no tener siempre garantizada (salvo unos pocos autores...) la publicación de esas páginas a las que dedicaban tantas horas en su esfuerzo por vivir únicamente de la literatura...

El caso de Emilio Salgari es muy similar, incluso en cuanto a presiones e imposiciones editoriales. La carrera profesional del veronés se concentra entre 1883 (publicación del relato *Los salvajes de la Papuasía*) y 1911, cuando se suicida. En esos 28 años, Salgari tuvo tiempo de publicar nada menos que 84 novelas y un número de relatos cortos incluso superior e indeterminable, al decir de sus biógrafos. La sobreexplotación que sufrió por parte de sus editores fue notable. Recordemos que dejó una nota para ellos que decía: “A vosotros, que os habéis enriquecido con mi piel, manteniéndome a mí y a mi familia en una continua semi-miseria o aún peor, solo os pido que en compensación por las ganancias que os he proporcionado os ocupéis de los gastos de mi funeral. Me despido de vosotros rompiendo la pluma”.

El nombre de Salgari fue sinónimo de éxito de tal modo que, tanto en vida como, sobre todo, tras su muerte, se publicaron un buen número de apócrifos presuntamente firmados por él, buena parte de ellos con la aprobación de sus hijos. Otro paralelismo surge aquí: muerto Robert E. Howard (también por suicidio) aparecieron múltiples aventuras de su personaje más conocido, *Conan el bárbaro*, del mismo modo que con los apuntes y esbozos que dejó Lovecraft en sus cuadernos personales se dio vida a muchos relatos, aparte del número ya ingente de cuentos en los que los más diversos (y prestigiados) escritores hicieron incursión en los famosos *Mitos de Cthulhu* creados por el solitario de Providence.

Como Lovecraft, como Howard, Salgari vivió una vida corriente, anodina (en comparación, se entiende, con las tremendas peripecias de sus héroes de ficción). Por supuesto, no hay nada que decir en contra de ello, ni se pretende efectuar un fácil psicoanálisis de salón, pero que su obra de ficción fue un escape para Salgari, en todos los sentidos, parece algo que sí se puede afirmar. No en vano siempre pretendió haber vivido una juventud viajera y aventurera, en la que recorrió medio mundo y donde conoció buena parte de los tipos que luego, alegaba, le inspiraron sus personajes más famosos. Escribió una autobiografía más falsa que un billete de tres dólares,¹⁴ en la que se presentó como un héroe de aventura. La realidad es más prosaica: apenas realizó algunos viajes por el Adriático, sobre todo en su tiempo de aprendizaje en un buque-escuela (quiso ser patrón de cabotaje, pero no lo consiguió, y sin embargo firmó alguna novela bajo el título de capitán o, incluso, de teniente de espahíes).

La aventura fue el marco donde Salgari se movió en casi toda su obra. Aventura que lo llevó a pasearse (y con él, al fascinado lector) por escenarios del mundo entero, con predilección por los más exóticos. ¿Cuándo se había dado el protagonismo a un pirata malayo o a un guerrero vietnamita? Salgari, nacido en un país joven ansioso de glorias imperiales (las que le dejaron los países que llegaron primero a la carrera civilizatoria), curiosamente hizo suya la voz de las víctimas de la rapiña europea, empezando por su emblemático Sandokán... lo que no quiere decir que el escritor fuera un antiimperialista, curiosa paradoja habitual en los narradores puros. En cualquier caso, el amor por las tierras distantes (que él sólo conoció a través de los diccionarios enciclopédicos y las revistas de viajes y geografía, entonces tan populares como hoy lo son las de la prensa rosa) fue una constante en él: los archipiélagos malayos, el mar Caribe, la India profunda, el *Far West*, el África negra... No por nada, los autores *pulp* especializados en la aventura (vuelve a surgir el nombre de Robert E. Howard como gran referencia) sintieron igual deleite por las tierras, fabulosas por lejanas, que nunca habían pisado salvo en las páginas de la literatura o en las ensoñaciones que producen los mapas a aquellos que nos enamoramos con facilidad de los nombres sonoros. Salgari puso a sus cuatro hijos los nombres de Fátima, Nadir, Romero, Omar: ¿qué mejor declaración de principios sobre su rendición a la magia de las palabras exóticas?

¹⁴ García incurre en la misma inexactitud que Sasturain. Véase nota 10.

Sin embargo, el rasgo verdaderamente *pulp* de la obra de Salgari es su narrativa. Cualquiera que lo haya leído reconoce al instante la falta completa de un mínimo sentido de la estructuración, algo que, por ejemplo, lo diferencia radicalmente de un Julio Verne. Estoy convencido de que Salgari comenzaba a escribir con poco más que un argumento básico, un punto de partida y un final vago en la cabeza. A partir de ahí, dejaba fluir con total libertad su pluma. Así, lo típico es la acumulación de la peripecia por la peripecia, a partir además de un principio que, casi desde la primera página, ya sitúa a sus héroes en medio de un peligro colosal. No es raro que dedique un buen número de páginas a anticipar un acontecimiento (por ejemplo, algún tipo de trampa)... que luego no llegue a realizarse porque otro hecho inesperado desvía la acción por otro cauce. Un rasgo típico es que el lector se encuentre con que se están acabando las páginas del libro que tiene entre manos... y no parece posible que dé tiempo a llegar al final previsible. Y así sucede, y es uno de los defectos del autor, que las conclusiones suelen ser demasiado precipitadas, restando parte del magnífico dramatismo conseguido hasta ese momento.

Lo normal en los personajes de Salgari es la actividad continua: son héroes que no conocen nunca el reposo. Desde luego, nada más alejado de un escritor reflexivo que nuestro autor. Y sin embargo, como todo gran narrador –y eso es lo que fue Salgari por encima de todo, con sus irregularidades e ingenuidades–, sus obras y personajes no pueden evitar que acaben componiendo sobrada materia de reflexión sobre los temas eternos: el amor, el destino, la voluntad humana, la ambición, la muerte o la innata atracción del ser humano por la destrucción, personal o ajena.

Es maestro en el relato de sitios y asedios de héroes muy inferiores en número a los sitiadores; de persecuciones a través de junglas infestadas de peligros o de mares tormentosos; de terribles tempestades que convierten los barcos en cáscaras de nuez. Pero, sobre todo, donde Salgari se revela un narrador inolvidable es en la descripción de terribles pasiones condenadas por el destino. Con frecuencia, el protagonista salgariano se enamora nada menos que de la hija o la pariente o la ahijada de su peor enemigo, sea Sandokán amando a Mariana, la sobrina del rajá Brooke; el Corsario Negro ídem con Honorata de Wan Guld, hija del hombre al que ha jurado matar porque mató a sus hermanos; o Tremal-Naik, el cazador de serpientes, con respecto a Ada Corishant, la sacerdotisa de Suyodhana, el criminal jefe de los *thugs* de la Jungla Negra. De hecho, es un hallazgo dramático del italiano hacer que esos elementos puramente de melodrama desaforado, en su momento más incontenible, estallen bajo la forma de la aventura en su grado más extremo, hasta el punto de crear un género nuevo que podría llamarse melo-aventura.

Pocos escritores han sabido cómo hacer que la misma página se crispe mientras leemos las imprecaciones que sus apasionados héroes lanzan a los cielos jurando que obtendrán la libertad de sus amadas, eternamente en peligro, eternamente en manos de quienes, a su vez, han jurado exterminarlos sin piedad y del modo más doloroso. Aunque Salgari nació en Verona, su pluma parece dar rienda suelta al más prototípico italiano meridional, incapaz de entender de compromisos, para quien la serenidad es sólo propia de seres sin sangre en las venas: el jugador que apuesta a todo o nada, que, puesto que sabe que para él sólo puede valer el cielo, está dispuesto, para alcanzarlo, a correr el riesgo de hundirse en el infierno.

Un narrador inolvidable. Los autores *pulp*, sus herederos, sin duda así lo entendieron y le rindieron homenaje, incluso lo que no lo leyeron pero sí a otros como él, en sus propias páginas que repitieron sus formas narrativas, su caracterización de personajes, su modo de expresar el puro instinto humano.¹⁵

¹⁵ Recientemente, García de Fórmica-Corsi ha compartido en su blog otros cuatro artículos sobre Salgari de sumo interés, aunque más específicos, centrados en el personaje de Sandokán y el ciclo de novelas –once en total– *Pirati della Malesia* (Piratas de la Malasia), las cuales salieron a la luz entre 1883 y 1913, a lo largo de treinta años: *Los tigres de Mompracem*, *Los misterios de la jungla negra*, etc. Las prosas en cuestión son “Sandokán, luz del sol que la fuerza me da” y la trilogía “Los libros de Sandokán”, publicadas entre mayo y septiembre de 2022. Tenemos previsto republicar estos textos en el futuro. Hacerlo ahora, en este *dossier*, nos pareció excesivo.

Toni MONTESINOS: *Emilio Salgari. El destino de ajusticiar*¹⁶

Cuando, el 26 de abril de 1911, en un bosque cercano a su casa de Turín, Emilio Salgari se enfrenta a su última aventura, lo hace por pura desesperación, por la angustia de verse solo, explotado, exhausto. Su propio desenlace es la aventura no escrita, sino vivida, más dura de cuantas pudiera concebir: el valiente acto cobarde de suicidarse. Para ello, elige una forma extraña y oriental, el *harakiri*. Pero antes, ese hombre abrumado por los acontecimientos –Ida, su mujer, lleva siete días ajena al mundo, en un psiquiátrico; sus cuatro hijos están a punto de ser huérfanos; siguen las penurias económicas, pese al centenar de exitosos libros– escribe tres cartas donde el dolor, la indignación y la tristeza florecen de forma patética.

En la segunda de esas notas, dirigida a sus editores –las otras son para la prensa y para sus hijos, muertos prematuramente, Fátima y Nadir, más los futuros suicidas Romero y Omar (el padre del autor también se había matado, en 1889)–, dice “A vosotros, que os habéis enriquecido con mi piel, manteniéndome a mí y a mi familia en una continua miseria o más aún, solo os pido que, en compensación por las ganancias que os he proporcionado, paguéis los gastos de mi entierro. Os saludo rompiendo la pluma”. El escritor más famoso de Italia, aquel al que idolatraba la propia reina Margarita, deja de escribir, y por eso la única salida es la desesperación, pues la suya ha sido una existencia dedicada, íntegramente, a la generosidad de redactar ficciones para el entretenimiento de los demás.

Así las cosas, el ocio de una cantidad ingente de niños y adolescentes proviene del sudor, las lágrimas y hasta la sangre de un Salgari obligado por contrato a escribir cuatro novelas anuales a cambio de un dinero que le resulta insuficiente. Pero ni siquiera cuando su salud quedó quebrantada, quiso desligarse de la obsesiva producción de su literatura; en su última etapa de desdicha familiar y miseria, hasta los médicos le aconsejaban descanso, como le confesó a Antonio Casulli en la única entrevista que concedió, en 1910, para un medio de comunicación napolitano: “Sufro de neurastenia aguda. Pero no sabría vivir lejos de mis personajes. Alejarme de mis fantasías sería quitarme la razón lógica de la existencia. ¡Es inútil! Sufro el *spleen* de los ingleses y siento la necesidad, para no morir de aburrimiento, de seguir mis quimeras en el mundo de los personajes y de volver a vivir en la creación las aventuras que he vivido en India o en las costas de Groenlandia”.

Cuánto sufrimiento habría en este hombre inclinado sobre su mesa de trabajo de sol a sol, esclavizándose para alimentar a su adorada familia, sin tiempo para revisar sus manuscritos, con la tentación de sucumbir al plagio con tal de avanzar en las entregas, firmando a menudo con seudónimo para eludir, en vano, a los editores que le querían en exclusiva. En consecuencia, su obra combina lo estético y lo mediocre, lo simple y plano con lo profundo y emotivo, y siempre desde lo romántico, lo sentimental, lo melancólico, en la escritura vivida, en la vida escrita.

Probablemente, hoy no haya jóvenes que se interesen por Emilio Salgari. Tal vez, mi generación sea la última en España que conserve en sus estanterías algunas de sus narraciones sobre filibusteros (en mi viejo ejemplar de Bruguera de 1981, *El corsario negro* ilustrado sigue mirando al horizonte, dominando el timón de su nave, con su sable y su pelo al viento). Desde luego, en la actualidad todavía se siguen leyendo historias de aventuras navales, pero solo se atiende al vendible género de la novela histórica o a clásicos cuya calidad va más allá de su contexto marítimo para construir grandes creaciones psicológicas, como *Benito Cereno* de Herman Melville. Y sin embargo, el autor veronés aún pervive en la memoria colectiva, siquiera en las evocaciones infantiles de los muy mayores y en la pantalla de cine y televisión que puso rostro a

¹⁶ El presente texto de Montesinos es un capítulo de su libro *La letra herida. Autores suicidas, toxicómanos y dementes* (España, Berenice, 2022). Toni Montesinos es un escritor, crítico literario y periodista catalán, nacido en Barcelona en 1972. Escribe para *La Razón*, *Clarín*, *Cuadernos Hispanoamericanos* y otros periódicos, y se desempeña como jefe de redacción en la revista *Qué Leer*. Es autor de varias novelas, poemarios, ensayos y crónicas biográficas.

Sandokán –personaje heredero del capitán Nemo y de otras invenciones de Jules Verne, al que Salgari admiraba tanto–, y también al caballero Roccabruna, a unas peripecias que nos devuelven al mundo de la aventura por la aventura, de una épica humanizada.

Así, Sandokán, el sultán destronado, también llamado el Tigre de Malasia, que se enfrenta al invasor británico en *Los tigres de Mompracem* y *El rey del mar*, representa el ejemplo del eterno perdedor que se levanta de sus cenizas; derrotado con asiduidad, el pirata jamás tira la toalla junto a su fiel compañero, el portugués Yáñez. Por su parte, Roccabruna, en *El corsario negro*, obsesionado por vengar la muerte de sus hermanos perpetrada por un poderoso duque, es débil como cualquier mortal: llora en la última línea de la novela después de descubrir que su amada, a la que acaba abandonando en medio del mar por no traicionar su juramento, es hija del maligno duque. Y es que, como dice Eleonora Arrigoni en una antología de relatos poco conocidos¹⁷ que Salgari publicó durante los años 1900 y 1906 –con el seudónimo de Capitán Guido Altieri, en una famosa colección italiana– “los personajes de Salgari son el espejo de su propia persona, insertados en un ambiente fantástico para que puedan cumplir gestas heroicas, siempre inmersos en la duda y en la dificultad, pero capaces de superarlas”.

El escritor malvivió de esta forma, respondiendo con miles de páginas a las exigencias editoriales, combatiendo la injusticia con la iniciativa de la acción proyectada en sus protagonistas, pues “el «actuar» es el punto clave de sus relatos”, según afirman Claudio Gallo y Caterina Lombardo en el texto “El gran universo de los cuentos de Salgari” –perteneciente también a la antología aludida¹⁸, donde recuerdan la famosa colección *Bibliotechina Aurea Illustrata*, concebida como regalo a los alumnos estudiosos, y en la que participó desde luego Salgari, aunque con el seudónimo referido antes. Era el tiempo en que un niño quedaba fascinado por las historias sobre los polos, el salvaje Oeste, India, Siberia, África o Australia, lugares que en algunos casos Salgari visitó solo con la imaginación¹⁹ –más si cabe en novelas de trasfondo histórico, como las que protagoniza Mirinri, heredero del trono egipcio que es rescatado y ocultado hasta la edad adulta por los seguidores de su padre, al que habían quitado el poder–, anclado como estuvo a su escritorio, pendiente de un destino tan trágico como el de algunos de sus héroes fracasados. Una vida de escritura, pues, que se proyectó en los confines del mundo, pero cuyo sedentarismo tuvo una tremenda excepción de la que daría cuenta en una autobiografía realmente ideal para los aficionados a las historias épicas de romanticismo marítimo, a India y a las junglas, incluso a las trayectorias de los escritores en decadencia.²⁰

Y es que aquel texto sería el canto de cisne de un hombre que escribe sus memorias sumido en el quebranto y la extenuación. Un bello canto para Salgari, porque su autobiografía es a la vez su última ensoñación: revivir la juventud a bordo de barcos surcando mares asiáticos; recordar el primer e imposible amor adolescente; retomar una vida de pirata que no pudo ir más allá, pues el mar y los peligros fueron sustituidos por el periodismo y las novelas escritas a destajo, por un lado; y por el otro, por el ambiente mortuorio y demente en el seno de su familia. Pero antes de todo ello, Salgari logra burlarse de toda esa muerte previa y futura, recordando.

“Mis memorias serán, por eso, el coronamiento de toda mi obra: la síntesis, el epílogo”, dice en la primera página, melancólica, sufriente, de sus recuerdos autobiográficos. Sin embargo, el instinto por novelar es mayor que la tristeza por verse en la miseria, tras enriquecer a editores que se aprovecharon de él, y el texto

¹⁷ El autor se refiere al libro *Los tigres del mar y otros cuentos*, coeditado por Eleonora Arrigoni –encargada también de la traducción del italiano– y Luis Navarro. Madrid, Páginas de Espuma, 2002. Con epílogo de Claudio Gallo y Caterina Lombardo.

¹⁸ Se trata del epílogo, como ya se indicó en la nota anterior.

¹⁹ Montesinos se equivoca. Salgari solo fue un trotamundos en su imaginación. No conoció ninguno de esos lugares exóticos que evocó en sus novelas. Era un mitómano, un fabulador, como Edward Bloom, el personaje de Tim Burton que protagoniza la película *El gran pez*.

²⁰ El autor desconoce que las memorias de Salgari son apócrifas. Véase nota 10.

cobra un vigor narrativo y una intensidad propios de la mejor de sus novelas de aventuras, en caso de que *Le mie memorie*, publicado en 1928, no sea su mejor libro. Yo me atrevo a decir que sí. Un libro-testamento que se cierra con una especie de diario de sus postreros años –de cuando se intentó quitar la vida por primera vez, en 1909– en el que llora la pérdida de su mujer y siente que “ha llegado el fin” también para él. Un libro, en suma, que precede a sus tres notas de suicidio.

Salgari, así las cosas, pudo disfrutar de una libertad maravillosa previamente a que se entregara a lo que da en calificar de “dolorosa profesión”, cuando muy joven se hizo capitán de barco y navegó hasta las tierras que nutrirían sus mejores narraciones: la India de Sandokán. Tiene entonces “veinte años y una imaginación demasiado romántica” cuando llega al islote de Mompracem, donde va a conocer al famoso rebelde de “ojos penetrantes”, de “mirada hipnótica”, que “tenía las cualidades características de los grandes dirigentes: conocía a fondo el alma humana y sabía el modo de dominarla”. Salgari idolatra así al apuesto y noble pirata, también a su lugarteniente Tremal-Naik, “un hombre excepcional”, y a la joven de la que se enamorará trágicamente, la bella Eva.

De tal modo que él, un marino independiente, simpatiza con las causas de los Tigres, cuya ferocidad es temida por doquier, y se hace revolucionario, justiciero ante los abusos de los países que pretenden aprovecharse de los indios.²¹ En este sentido, no es difícil ver concomitancias entre esta vida errante y oceánica y la que protagonizará el caballero Roccabruna en *El corsario negro*. Salgari es testigo del tiempo en que Inglaterra y Holanda intensifican su lucha contra Sandokán; en las memorias vivimos los peligros, las acciones guerreras, las heridas y las fiebres: episodios reales que se volverán ficticios cuando el escritor haya de regresar y se integre en el mundo del periodismo –“También mi vida de periodista fue pródiga en aventuras”– y de la literatura.

A recorrer esta vida, esta muerte, estos viajes, se dedicó asimismo Ernesto Ferrero en *El último viaje del capitán Salgari*. Una novela en la que el escritor y crítico literario turinés recreaba la vida de Salgari a partir de las voces de su entorno: sus hijos, una chica que queda encandilada por él, su médico, un periodista que va a verlo en 1909 y se encuentra con “el retrato del cansancio”... Pero el autor más célebre de Italia –el mismo que firmó más de ochenta novelas, aquel a quien el rey Humberto I le otorgó el título honorífico de Caballero de la Corona de Italia en 1897– no iba a tardar mucho en descansar eternamente, con el gesto simbólico de abrirse el cuerpo reclamando el honor que las calamidades familiares y profesionales le habían arrebatado.

Daniel ARES: *Las dos vidas de Salgari*²²

Es imposible contar la vida de Emilio Salgari porque en él hay dos vidas: la que tuvo que vivir y no quiso tener, y la que supo escribir y no pudo vivir. Y no se trata de vidas paralelas porque, al final, las dos confluyen y concluyen en la doble rareza de una muerte propia y una autobiografía ajena.

²¹ El verdadero autor de esa fabulación anticolonial, Lorenzo Chiosso, era fascista. Los fascistas italianos, igual que los nazis alemanes y los nacionalistas japoneses, denunciaban con mucho escrúpulo y vehemencia los atropellos imperialistas de Gran Bretaña y Francia en ultramar, y hablaban de «solidaridad» con los pueblos oprimidos de Asia, África, Oceanía y América Latina. Pero solo se trataba de una sobreactuación demagógica y oportunista, puesto que las tres potencias del Eje fueron rabiosamente expansionistas en su política exterior, vale decir, nada respetuosas del principio de autodeterminación nacional. El antiimperialismo que Chiosso atribuye a Salgari en su autobiografía apócrifa es selectivo. Se trata de un *anticolonialismo de doble vara*.

²² Este texto de Ares forma parte de su libro *Historias de escritores* (Bs. As., Alfaguara, 1998), donde reunió semblanzas de once grandes literatos: Honoré de Balzac, William Faulkner, Ernest Hemingway, Jack London, Roberto Arlt, Fiodor Dostoyevski, etc. Daniel Ares es un periodista y escritor argentino. Nació en Buenos Aires, en 1956. Durante muchos años trabajó en grandes diarios y revistas de la Argentina, como *Clarín*, *Noticias*, *La Prensa*, *Siete Días*, *Eroticón*, *Satiricón*, *Conozca Más* y *El Gráfico*. Actualmente reside en Brasil. Es autor de varias novelas (*La curva de la risa*, *Banderas en los balcones*, *Josefina atrapada por la pasión*, *El asesino entre el centeno*) y la biografía *Popper. La Patagonia del oro*.

Dice el estupendo poeta brasileño Ferreira Gullar: “El arte existe porque la vida no basta”. En el caso de Emilio Salgari, dicha verdad alcanzó la forma material de la locura.

La vida que Emilio tuvo que vivir empieza el 21 de agosto de 1862, en la ciudad de Verona, Italia, donde nace Emilio Salgari, y, según recuerde hasta su muerte, dispuesto desde ya a ser navegante. Avistar las costas y los puertos extranjeros, explorar otras tierras, atravesar sus selvas, sus desiertos. Esa es la vida que quiere, y va por ella.

Hijo de pequeños comerciantes, con 16 años deja Verona y marcha a Venecia para ingresar en el Real Instituto Técnico Naval Paolo Sarpi. Allí obtendrá el sonoro título de capitán de gran cabotaje, cree, pero no. Nunca lo logra. Navega, sí. En un buque escuela recorre un poco el Mediterráneo y, alguna vez, incluso, hará un crucero por el Adriático... Pero no alcanza la India, ninguna Malasia, ni el Pacífico Sur, o todos esos lugares sobre los que, a partir de entonces, recordará tanto.

Enfermo de regreso de un viaje, incapacitado para el esfuerzo físico, hacia 1882 deja la escuela naval y se vuelve a Verona porque ya descubrió que escribir no sólo le permite navegar, sino también vivir.

En 1883, con 21 años, ve su primer relato publicado en un periódico de Milán. Sus dos vidas empiezan a cruzarse.

La crítica lo mira de reojo y el público lo abraza. Sucesivas generaciones de críticos y públicos harán exactamente lo mismo en todo el mundo. El éxito lo lleva. Salgari se interna en sus ficciones, y comienza a perderse.

Un crítico lo tacha de escritor menor, y él lo reta a duelo cuando en Italia estaban ya prohibidos. Su crítico no volverá a criticarlo, pero lo denuncia: Salgari le corta la cara con un florete real de sus ficciones, y acaba en la cárcel. ¿Treinta días, seis meses, tres? Desconcertados por su extraña autobiografía póstuma, sus biógrafos no podrán precisar nunca. El hecho es que un día recupera la libertad y vuelve a la escritura con la trágica buena suerte de sus corsarios.

Su fama crece. Regresa a Verona requerido por un periódico local, donde en octubre de 1883 comienza a publicar *El Tigre de la Malasia*. Más éxito, más fama. Ya logró en Génova su primer contrato editorial. No le parece muy ventajoso, pero confía en que su público lo sacará de la pobreza más tarde o más temprano. Y no.

Las ventas suben, sí, el público crece, también... pero el dinero sigue sin llegar. Tal vez cuando saque un libro... Trabaja duro.

En 1887 aparece su primera novela en forma de libro: *La favorita del Mahdi*. La saga de Mompracem sigue y suma, y él mantiene todas las esperanzas de los 25 años mientras pasa sus horas entre bellas princesas, héroes nobles y villanos sin perdón... Se diría que hasta allí cada una de sus vidas mutuamente se inspiran, y se fortalecen. Pero en 1889 se suicida su padre.

Por tres largos años, Salgari no escribe ni publica nada. Ni una palabra. Es el lapso de silencio más largo de su vida. Así se mide mejor el terremoto callado que lo sacude. Como si supiera o sintiera que allí se inaugura un trágico sino familiar que un día vendrá por él, y más tarde por dos de sus hijos.

Tenue y difuso, reaparece en 1892 con *La cimitarra del Buda*, una historia independiente, menor, se dirá, pero está de vuelta, y otra vez se pierde por tierras que no conoce, y lo mejor: ahora él también tiene su amada. Su heroína.

Ese mismo 1892, conoce a una actriz y se enamora y se casa y es feliz, como si él mismo escribiese sus días. Ella se llama Ida Peruzzi, pero inspirado en Verdi, él prefiere ponerle Aída, así ya tiene su propia musa, auténtica y ficticia. Para eso está el arte, para que baste la vida.

Pronto nace su primera hija, Fátima. Una alegría, y un despertar. Algo de sus ficciones escapó hacia una realidad que no conocía. Ahora ya no importa el dinero prometido, ahora urge.

En busca de mejores contratos, los Salgari se trasladan a Turín. Será editor de la casa Speirani, dedicada al público que más lo sigue: los jóvenes. En los próximos seis años, producirá 25 novelas, más de 50 folletines, y otros dos hijos: Nadir y Romero. El dinero se hace imperioso: “El pan, había que ganarse el pan. El editor me lanzó, es verdad, con deslumbradoras cubiertas, pero vendía ejemplar tras ejemplar y yo me atareaba en emborronar cuartillas y cuartillas para ganar lo indispensable y no morir de hambre”.

En 1898 aparece *El corsario negro*. Ya es el escritor más vendido de Italia y un editor lo convence de abandonar Turín por Génova, donde firma un nuevo contrato por diez años para la casa Donath. Cuatro mil liras por tres novelas anuales. Cree que es un buen arreglo, pero pronto cuatro mil liras son nada, y sus tres novelas siguen siendo tres.

En 1900, abandona Génova y se vuelve a Turín, donde nace su cuarto hijo: Omar. Las mudanzas, la familia, los traslados. Por mucho que trabaje, ya nada es suficiente. La vida no bastaba, y de pronto el arte tampoco. Y comienza el fin.

Hacia 1905, sin mediodía que la preceda, llega la noche de su destino: Aída, su esposa amada, comenzó a enloquecer. Debe internarla en una clínica psiquiátrica. Para entonces, es el escritor más vendido de Europa, rompe la barrera de los cien mil ejemplares, y hasta le otorgan el título de caballero. Pero el dinero sigue sin llegar y él ya no puede esperarlo, y desespera.

“He perdido cuanto más tenía de querido, ¡mi Aída! Aquella que todo lo compartió conmigo, aquella que sufrió con mis pesares, mi inspiradora, mi amiga, mi alma. Ha llegado el fin”.

El fin, sí. En 1907, harto, rompe su contrato con Donath, y firma con la casa Bemporad. El nuevo acuerdo es su última esperanza.

Pero mientras su Aída se aleja de todo y de sí misma en un manicomio, Salgari recibe el empujón que le faltaba: su ex editor Donath lo procesa por incumplimiento de contrato, y exige indemnización de 6.000 liras. Su ingreso anual.

Así se explica mejor la aparición, en 1907, de *Las maravillas del año 2000*, repentina novela de ciencia ficción, apurada, desgana, artificiosa, la primera de una serie que expone la vasta extensión de su cansancio. En cuatro años le entregará a su nuevo patrón otras veinte novelas así. Ninguna mejor. Es el fin: “Llega la vejez. Nada tengo para pasarla tranquilo. Solo la eterna pluma, el eterno tintero y mi inseparable cigarrillo. El alivio me lo procura el tabaco, el alimento no”.

En 1910 tiene su primer intento de suicidio. Sobrevive. Pero en 1911 no falla.

Diecisiete años después, en 1928, aparece *Mis memorias*, esa rara autobiografía ajena, firmada por Emilio Salgari, narrada en primera persona, pero escrita por un profesor de sus hijos, al que éstos le encargan la obra como una especie de homenaje al padre, o acaso urgidos por sus deudas. Tanto da, es falsa.

Reconstruye las aventuras y los duelos y los viajes de esa vida única que supo escribir y no pudo tener; pero eso sí: confluye y concluye, fiel, textual, con las últimas palabras que dejó escritas Emilio Salgari para sus editores: “A ustedes, que se enriquecieron con mi sudor manteniéndonos a mi familia y a mí en una continua semimiseria, o algo peor; les pido sólo que, en compensación con las ganancias que les he proporcionado, paguen los gastos de mi entierro. Los saludo rompiendo la pluma”.

Era el 25 de abril de 1911. En las afueras de Turín, en la casa de verano de los días mejores, hacia la medianoche, Salgari se interna en un bosque cercano. Lleva una daga curva propia de sus mejores ficciones, y allí, digno de sus mejores héroes, practica el rito japonés del *seppuku*. Se hunde la daga en el estómago, rasga su vientre, y sin discípulos que lo asistan, intenta abrirse la garganta. Y sangra hasta que no sangra más.

Por eso es imposible contar la vida de Emilio Salgari. Porque la vida que quiso tener y no pudo vivir, allí, en ese final, se funde y se confunde con la otra, la que no pudo vivir pero supo escribir, y que por esa misma razón todavía vive. Porque la muerte no basta cuando existe el arte.